JUEVES LITERARIO DE "LA PRENSA"

EL CONCURSO ANUAL del CIRCULO de PERIODISTAS

La sicología del gallinazo, por Abraham Valdelomar.-- La procesión tradicional, por José Carlos Mariátegui. -- Crónica taurina, por Julio Portal

El concurso anual del Círculo de periodistas

Con muy sincera complacencia publica hoy, y continuará publicando LA PRENSA, los artículos premiados en el concurso organizado por el Círculo de Periodistas, que mediante torneos de este género se propone estimular la labor y el entusiasmo de los escritores del Perú, contribuyendo a cultecer y premiar los méritos de quienes luchan en las más elevadas esferas del pensamiento y de la acción.

LA PRENSA se felicita doblemente de que en este concurso hayan sido coronados por el éxito, junto con otros distinguidos escritores y literatos, dos miembros de esta casa que comparten con nosotros la fatigadora, si bien noble, labor del diarismo: Abraham Valdelomar y Julio Portal.

Y Abraham Valdelomar, no sólo ha obtenido el primer premio "Presidente de la República", por su original y sugestivo trabajo "La Sicología del gallinazo", (donde pone una vez más en relieve un espíritu observador, una galanura de estilo y un humorismo extraordinarios), sino que su artículo "Valores fundamentales de la Danza" fuese sorteado con el anterior y un tercer estudio ("La triste poesía de la miseria", entrara en sorteo para el primer premio otorgado por el "Ateneo de Lima".

El premio discernido a Julio Portal no viene sino a poner una vez más en evidencia su reconocida autoridad como crítico del arte complicado del pueblo español.

LA PRENSA envía a sus compañeros y a todos los colegas premiados, una calurosa felicitación; y hace votos porque el "Círculo de Periodistas", que tan brillante éxito ha tenido en este torneo cultísimo, amplíe cada vez más su esfera de acción y alcance en nuestro ambiente el carácter y la influencia que corresponden a una institución formada por quienes tienen sobre sí la tarea de orientar e ilustrar a la sociedad en que viven y al país en que aplican y desarrollan sus energías.

ENSAYO SOBRE LA SICOLOGIA DEL GALLINAZO

POR ABRAHAM VALDELOMAR

PRIMER PREMIO "Presidente de la República", consiste en un gran tintero de plata y cristal de roca, obsequiado por el doctor José Pardo.

Al doctor Federico Panizo Orbegoso, estas páginas inspiradas en mi pueblo, dedico.— A. V.

Viajeros bellacos, turistas ricos, visitantes ocasionales de esta ciudad de Santa Rosa y de doña Juana la Loca, han anotado en su libro de apuntes este axioma: "Lima es la ciudad de los gallinazos". Garibaldi, el hombre de la unidad italiana y el capitán de Los Mil, a quien, según el tradicionista ilustre atizaran reprobable paliza en esta ciudad heraldica, apunta en sus Memorias, publicadas haca poco por Fratelli Treves, de Milán: *Ce ne sono lì, molte aquile nere pacifice que fanno la pulizia".* Bonnardie, viajero francés del siglo XIX, dice en una in-

ABRAHAM VALDELOMAR

formación de la época: *Il y a Lima beaucoup des oiseaux noire, qu'on dirait des corveaux qui traversaint l'espace en gires d' une grace légère.* Si no hubiera otra forma de definir la sicología de los pueblos, nos bastaría, este comentario de las razas, sobre el gallinazo criollo. Para el italiano, el gallinazo es una águila negra y pacífica que hace la beja policía. Para el francés, el gallinazo es una ave negra, parecida al cuervo, que atraviesa el espacio en giros llenos de una gracia leve. Para el alemán, el gallinazo sería un vertebrado muy parecido al que hay en el Museo de Berlín, que presenta variaciones fundamentales en el color del pico. En cambio, nuestros sambos de Malambo—¡oh intuitivos!—se limitan a reconocer dos estirpes de gallinazos: el gallinazo de basura, y el gallinazo camaronero, atendiendo, justamente, con laudable sentido del método analítico, a las variaciones fundamentales en el color del pico.

El gallinazo, animal heráldico

El gallinazo, es, a nuestro entender, el único animal que no ha sido ennoblecido por los hombres. Los asirios tenían el toro alado de humana testa. Los egipcios adoraban al halcón y al Ibis. El buey Apis es llevado en andas por las razas pretéritas. Y en los desfiles gloriosos de los Faraones, en las fiestas marciales, en el glorioso *ritorno* de Radamés en Aida, cuando esta, la encantadora enamorada del tenor Palet, esperaba entre los vencidos a su padre, vió Egpar, a la cabeza del ejército victorioso un *asin* de oro, coronado de lotos. Los romanos ennoblecieron su estirpe con la loba, y usaron una águila. Los alemanes, más tarde no se conformaron con una y llevaron dos en sus escudos.

Los caballeros de la edad media tuvieron leones, abejas y caballos. Hasta al perro se le encuentra, si no en un escudo, por lo menos en algunos lienzos de Francisco de Asís, pegado, lamiendo la sotana del santo, que, como es sabido, era fraile de manga ancha para los animales. Pero Asís, con ser más bueno que el pan ázimo, no llevó jamás un gallinazo, salvo que el libro de la Condesa de Pardo Bazán sobre este padre de la Iglesia sea deficiente de documentación.

Nuestros Incas, usaban el puma y el cóndor. Hay banderas balcánicas que por la policromía podría creerse que son caballitos de siete colores. Los habitantes del valle del Rimac tenían por símbolo un alcatraz. Pero en todo esto el gallinazo no ha tenido la menor participación. Nosotros, de tener nobleza republicana—¡oh paradoja!—pudimos formar escudos con las características de la época: el poncho, el sable, la botella de pisco y el gallinazo. Pero nos hemos limitado a conseguir por todo recurso a esa ave simbólica de la nacionalidad, una calle, la de Gallinacitos. Una calle! Bien poco por cierto para el animal que durante los siglos nos ha barrido la ciudad. Porque el gallinazo ha sido en el Perú, y quizás en el mundo, el primer concepto social de la higiene pública.

La semblanza del gallinazo

El gallinazo, esta característica alada y negra de la ciudad de los Reyes, es para las aves, lo que el negro para los demás hombres. El gallinazo es negro, definitivamente negro, rotundamente negro. Es como una maldición de padre agustino dicha en una cámara oscura a las doce de la noche. Negro y brillante cual dibujo de tinta china, el gallinazo es la negación de la luz. Oscuro como la filosofía alemana, espíritu niestchiano, es sombrío como un juramento de mayor de guardias. Es el ave simbólica. Una vieja leyenda del Tajamar, hace nacer al primer gallinazo del vientre de una negra tamalera, a las doce y media de la noche. Y nada se parece más en efecto a un negro viejo, retinto, que un gallinazo.

El gallinazo, a más de la color, se parece al negro en el ronquido característico, en ese ¡tus-tus-tus! del negro viejo y asmático; en su rostro rugoso y agcitado; en sus pequeños ojos vivaces; en su frente estrecha de cabello limitado de astraeán; en su modo de caminar matonezco; en su carácter díscolo; en que sólo se baña, cuando lo hace, en el río, y decidido; en que odia todo lo blanco; en su afición por los camales, donde se refocila con la sangre coagulada y se nutre de tripas; en su tendencia a caminar en pandilla; en su simpatía por el *cargamontón;* en su carencia absoluta de ideales estéticos; en que, por fin, como el negro osado y domínguero, se aventura de vez en cuando hasta la calle de Mercaderes...

Esto en cuanto al gallinazo de basural. El gallinazo camaronero sólo es comparable al negro que se mete en política. El gallinazo merece un capítulo aparte en la sociología del Perú. El gallinazo es un individuo. Yo lo llamo sujeto de derecho.

La sicología del gallinazo

El gallinazo, sin embargo, es animal de costumbres honestas. Al clarear el sol, cuando Febo aparece y diluye la neblina limeña desde los Andes, cuando tras de las cimas de los cerros asoma su redonda cabeza, medroso y avizor como la de un palomilla que se trepa al muro de un huerto pródigo en higos, al amanecer, en suma, el gallinazo se desentumece en el añoso sauce llorón de los pequeños islotes del río. Allí, en el sauce el gallinazo y su hembra han pasado la noche. El parlotear de los pajarillos despierta a esta negra pareja que estira las alas como un universitario en vacaciones y luego se aventura con fruición en el piélago azul. Vuela, vuela, vuela. Asciende y ausculta la tierra. Agita las alas, hace una curva llena de "una gracia leve" y va a aterrizar en la enramada del Camal, donde ya están reunidos los camaradas. Allí se orienta. Un gallinazo pollo, ágil, aborrazado y juguetón, dá la noticia del día, como si dijéramos, el Momento Político, la prensa diaria, lo que más interesa a los gallinazos:

—Allá, dice, en la orilla del río, sobre el basural que nos quiso quitar el doctor Curletti, hay una vaquita muerta. Bien muerta, yo la he visto! Ayer un señor de gorrita la hizo sacar del matadero. Vamos, vamos pronto!...

Los gallinazos en una nube sombría, cual humo de chimenea, se difuminan en el cielo. Hacen curvas cada vez más estrechas y ¡tus-tus-tus! van a posarse en el montículo. El lugar del banquete es "el montón", la basura, el elmento que tanta importancia tiene en las elecciones criollas. Allí se han vaciado en un gran movimiento bilioso los vientres y las bocas de las carretas de basja-policía: latas, jarros, espumaderas, platos rotos, "tongos" sin bisera, zapatos viejos, una jaula de canarios, trozos de botellas, canastas, hojas de coles, una escoba trunca, cáscaras de plátano, papel de estrasa, calcomanías, pedazos de periódico, un caballito de madera decapitado, huesos de palitas y un almanaque de Bristol. Una nube de moscas es la atmósfera del mundo que es el basural. Dos perros sarnosos, como bohemios o como esos borrachitos que piden pesetas, que han sido decentes y que han estado con uno en el colegio, husmean, rocín, medran y se rascan, tratando de parodiar la vieja fábula: "Este era un sabio que un día....!"

En medio de tan pintoresca miseria está la vaquilla, la gentil ternera de ayer, sin piel, con los ojos desorbitados y trágicos y las tripas al aire como si en un arranque de abnegación estoica quisiera ofrecer al mundo sus entrañas—bello símbolo de la carne de vaca—o como Madame Butterfly, después de ponerle al chico las banderitas. La manada de gallinazos llega ¡tus-tus-tus! Uno se dirige por instinto a los ojos porque recuerda el cuento del gallinazo que cayó en la trampa oográfica que le preparó la mula cuando se hizo la muerta. Prefieren los gallinazos en los cuadrúpedos yacentes, las tripas, las cuales buscan con el mismo interés y comen con la misma fruición que los negros el choneholi.

Ambiciosos, inciltos y sin sentido moral, olvidan pronto de que tan gran banquete se lo deben al gallinazo joven que les dió la noticia. Riñen, se atumultan como el pueblo en una jornada cívica hasta que se produce el escándalo, el fenómeno social. Tres viejos y fuertes gallinazos picotean a su guisa al joven gallinazito ahogado que los ha traído. Pero ¡oh justicia divina! Hay un juez para todo. El Destino manda. Y el Destino, la justicia del gallinazo, es el *palomilla.*

Cuando están los gallinazos en lo mejor de su banquete, cuando aquello que era en el Camal academia sena, cónclave prudente, consejo circunspecto, república platoniana, se convierte en cuatro de febrero, cuando los gallinazos expulsan al joven pollo y se creen dueños del mundo, ¡zaz! la gran pedrada del palomilla y la gran ala rota del gallinazo. Cobardes y medrosos los que pasaban y compartían el festín con el herido, abandonan festín y gallinazo. No faltan dos o tres que hambrientos aun, desafían el peligro, pero una vez conseguida la piltrafa de la ternera muerta, fugan como si fueran hombres...

El infeliz herido cojitranqueando pretende huir. ¡Ah, la tragedia del pobre gallinazo! Ya sabe él si se deja coger la que le espera. Huye arrastrando su dolor y su ala rota cual nove con la vela quebrada por la tempestad. No grita, no implora. El conoce a sus compañeros y se conoce a sí mismo. El, en la condición de los otros, tampoco volvería a prestar auxilio al herido, mientras esturiera presente el palomilla proterro. Se convence de que toda lamentación es vana, todo grito sin eco, toda piedad estéril y llorando su desgracia, azorado, sin finalidad política, se oculta en un baranco entre zapatos viejos y latas de keroscne Luz Brillante. Cuando el corazón en un puño y el alma en un hilo se cree oculto—y quizás si lo está—salta un compadre gallinazo canalla, vil, felón, y comienza a revolotear sobre el escondite como para llamar la atención del palomilla que se da cuenta, porque para algo es zambo y para algo su padre ha sido presidente de club: conoce la traición. Entonces se oye la voz trágica, el grito de victoria del granuja que levantando al gallinazo por el pescuezo ¡como un trofeo, exclama:

—Ya cayó uno, Elautrio. ¡Ya cayó uno!....

Y le ataca una patada.

La moral del gallinazo

Los otros, los compañeros, no han hecho sino ponerse a fojas, humanamente. Analizando la cuestión en el terreno positivista, los otros tienen razón. Cada Cristo que cargue con su cruz, dicen ellos. Así esperan que el palomilla se marche con su víctima y toman a los postres. Ni un comentario, ni una lamentación sobre el amigo herido, preso y quizás muerto por la precocidad criminal del palomilla. Como todos son cómplices de tan filosófica cobardía, acuerdan callarse... ¡Oh la inteligencia de los gallinazos! Si el hombre no descendiera del mono, debería descender del gallinazo, señor Darwin.

No falta, sinembargo, un gallinazo sinvergüenza que escriba un artí..... digo que pronuncie unas frases de dolor hipócrita y cocodrilezco. Pero llegan las doce del día, hora de la matanza en el camal y cada uno se marcha por su cuenta. Nuestros gallinazos, los del añoso sauce, han compartido con los demás esta serie de pequeñas grandes infamias, y también van al Camal. Allí los gallinazos se mezclan a los matarifes, hurgan en la sangre coagulada y se diría que hasta adulan a los matanceros. Se posan sobre los cuerpos heridos, cálidos aun y palpitantes, de las reses; les pican los ojos que han tenido vida y se recrean en atormentar a los agonizantes corderos mansos. Pican las vivas pupilas de las vacas, hotilizan a los animales heridos por los cmaleros, hurgan con el pico agudo las carnes ensangrentadas y luego vuelven la cara hacia los matarifes como esperando su aprobación. No les asusta el grito de los cerdos, porque saben que es gritar de dolor. Llega la una del día y los gallinazos que como negros, ignorantes y ociosos son fanáticos, se van, se van a las torres de las iglesias. Allí mientras el mundo gira, ellos extienden el ala, equilibrándose sobre una pata. Se cazan con placer sibarita el mísero *chuchuy* o el piojo blanco y luego duermen una siesta prudente sobre la torre o sobre un brazo de la cruz, blanca ya por sus álcalis.

A esta hora es cuando los ven los extranjeros.

El gallinazo en el crepúsculo

Por las tardes, al crepúsculo se elevan muy alto. Apenas se les vé entre las nubes. Es la hora poética del gallinazo. Porque al revés del hombre, el gallinazo se dedica a la poesía cuando tiene el buche lleno. Evoluciona, se balancea "en giros llenos de una gracia leve", confiado y harto. Es una especie de sport, de looping the loup sin peligros y sin acechanzas. El gallinazo es un aeroplano, más aun, es la conciencia del aeroplano. Contra el sol, ellos danzan en el espacio, danzas inverosímiles y cuando asoman las tinieblas, cuando los cerros andinos empiezan a desdibujarse, ellos se encaminan al *guarique* lejano, al poste abandonado, al sauce viejo, a la torre solitaria, al ficus copeso, y allí, en la paz nocturna en el follaje espeso, el amor, esta ley divina que regula todo lo creado,

"L'amor che muove il sole e le altre stelle"

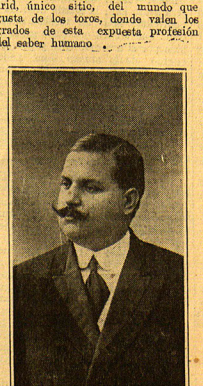
una sus alas, sus ansias, sus anhelos y sus instintos y dá forma y fuerza vital a lo que ha de ser más tarde, en el nido de un árbol sombrío, el fruto blanquiroso y repugnante de un amor momentáneo.....

Abraham VALDELOMAR.

La corrida inaugural de la temporada

Hace algunos años llegó a Madrid un joven de México, moreno, magro, de cabellos americanos, esbelto y simpático. Decía ser torero y de esa gran tierra, modelo de hombres heroicos y tesoneros. Los toreros le miraron, allá, con aire desconfiado y hasta burlón; las empresas apenas dieron importancia a la llegada del torerillo de origen azteca que, lleno de fe en sus aptitudes, pensaba escalar un puesto honorífico entre el escalafón distinguido de los toreros que mima el público. Llegaba nuestro hombre en compañía del veterano banderillero "Ojitos", que perteneció, entre otras, a la cuadrilla de "Frascuelo", y traía la recomendación de este buen torero del tiempo viejo del arte, el mejor de los tiempos tauromáquicos, según algunos; la época de espectativa y de preparación para las evoluciones actuales del espectáculo, según otros.

Y un buen día Gaona, vestido de corto, con una muleta sucia, entre la indiferencia de los aficionados catedráticos de Madrid, debutó en una plaza vieja — la de la puerta de Hierro — lidiando, con extraordinaria soltura, gracia, elegancia y valor sereno, unos morochos que se dió el gusto de matar para que apreciaran los madrileños si en México, también, había madera para ser gran figura del toreo. El resultado fué estupendo. Gaona, que asistió a la prueba, con la timidez de un principiante, fué el niño mimado de muchos diarios; el público comenzó a hablar de él y recibió la alternativa del gitano Manuel Lara "Jerezano" en la universidad taurina de Madrid, único sitio, del mundo que gusta de los toros, donde valen los grados de esta expuesta profesión del saber humano.



JULIO PORTAL

Luego Gaona libró campaña de aragonés para abrirse paso entre la grey que vive con coleta y de los toros. Su condición de extranjero; su carácter un poco apático, la facilidad con que la suerte le envíaba toros de imposible lucimiento, favorecíronle bien poco. Pero cuando la voluntad logra disciplinar al espíritu; cuando el carácter se sobrepone a toda otra consideración, el triunfo es muy probable, sobre todo si hay arte y valor, condiciones primordiales para ser figura visible de la Tauromaquia.

Esto ocurrió a Gaona que, muy pronto, relativamente, logró salir del montón anónimo que mendiga corridas a precios increíbles y los pies del mexicano se vieron en los umbrales de la gloria. Su arte insuperable; la perfección con que ejecutaba todas las suertes; el estilo, clásico, estoico, artístico del gran torero fué conquistando el aplauso estruendoso de la rehacia multitud y los nombres de Gallito, Belmonte y Gallo se confundieron con el del de León de las Aldames.

Llega la temporada actual de España y Gaona ve su sueño dorado. Las primeras empresas de la corte se disputan las contratas y las ferias cuentan con su nombre como aliciente poderoso para sus carteles. Gaona triunfa. Los diarios y revistas españolas establecen una competencia entre Joselito y el de México y se entablan polémicas ardorosas. Prudencia Iglesias Hermida, admirable escritor, es el que más escribe a favor de Gaona y se llega, en materia de literatura taurina, a los extremos.

En estas condiciones llega Carlos Moreno a Madrid. Habla con Gaona; lo convence; le ofrece un obsequio griego por contrata y Lima recibe, con desconfianza, con la desconfianza con que recibimos, siempre, la dicha anunciada, la gran noticia.

Y en estas condiciones, con los preliminares que todos sabemos, se realizó, ayer, la corrida inaugural.

Antes de comenzar, es deber nuestro aplaudir, primeramente a Carlos por sus esfuerzos por traernos un artista de primer orden entre los primates del toreo; al empresario señor Gabrielli por su actividad y confianza en el negocio y al señor Bustos que, en anterior temporada, gastó mucho dinero en cablegramas para tratar de la contrata del mismo diestro, que no pudo venir por circunstancias que no vienen al caso, ahora.

Hecho este preámbulo, vamos a ocuparnos de la corrida:

Hay en ambos tendidos una excepcional concurrencia, desde dos horas antes de comenzar la corrida. Muchos espectadores, previsores y sensatos, han ido a la plaza a almorzar. Yo, entre ellos. A eso de las tres de la tarde verdaderas oleadas de gente se balancean por los ochavos y los abanicos en función dan aspecto hermoso y pinturero a este cuadro.

La gente silba de impaciencia. Los relojes salen más que de costumbre de los bolsillos y cuando acoma en el palco municipal del municipio el doctor Flores, que preside la corrida, ascorado por el señor Ismael Portal — ex-Duque de Veraguas — la ovación es estruendosa.

A poco se abre el portón de las incuestamias y sale el

lo.—Es cárdeno oscuro, feo, cornipaso y de tipo avacado. Sale por la izquierda y encuentra desprevenido a uno de los picadores, sin nadie al quite, y le da un costalazo *uniquero.* En la plaza reina la apatía más grande. Sólo "Ostionchi" entra con el capote para llevarse al toro, después de la caída de ese jinete

La procesión tradicional

ES UN DESFILE MISTICO Y TUMULTUOSO QUE CANTA, REZA Y EMOCIONA

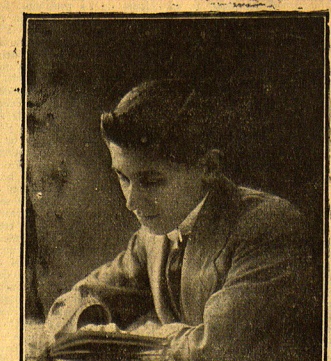
PRIMER PREMIO.— Municipalidad de Lima.

La primavera de Lima—primavera anodina, neblinosa, gris, indefinida y cobarde—tiene dos días que resucitan súbitamente la tradición y la fe de la ciudad. En ellos la procesión del Señor de los Milagros dice la renovación y el florecimiento de la religiosidad metropolitana y hace pasar por sus calles híbridas, virreynales o modernas, una fuerte, melancólica y pintoresca onda de emoción.

La historia de los temblores pavorosos que han extremecido y quebrantado a la ciudad, auspicia el fervor de estos días místicos en que Lima siente muy ascendrado y muy profundo el catolicismo que cotidianamente canta en sus campanarios y murmura en sus capillas.

La metrópoli transformada, morigerada y destetida por el progreso, se arredra, cohibe y oculta por un momento para que surja, vibre y palpite la metrópoli creyente, coronada y virreynal.

Hay en estos días una intensa resurrección del misticismo de Lima.



JOSE CARLOS MARIATEGUI

asfixiado y sojuzgado ordinariamente por el vértigo y el olvido de la ciudad moderna. Y se parece esta resurrección a esos súbitos despertares piadosos que asaltan las almas de los hombres vueltos escépticos, fríos, y cerebrales por el análisis, por la vida y por la duda.

Lima es una ciudad católica, pero no es una ciudad ferviente. No es una ciudad sentimental. Es sólo una ciudad medrosa. Vive en ella la fe acaso por la supervivencia de la tradición y por el temor a un desamparo misterioso, ignorado y temido. La población que llora en las misiones es una población pecadora y acentimental que le tiene miedo al fin del mundo y al infierno. Y es una población débil para el amor pero fácilmente accesible para la atrición.

Y estos dos días de su indecisa y apocada primavera evaltan de improviso su catolicismo y su piedad, y la hacen prosternarse humilde y rendidamente ante las andas del Señor Crucificado que la defiende de los temblores y que la bendice desde el viejo muro de adobes sobre el cual pintó su imagen la mano rústica de un negro del coloniaje.

La procesión del Señor de los Milagros llena de tristeza las calles de la ciudad.

Las manifestaciones de la fe de una multitud son imponentes. Dominan, impresionan, seducen, oprimen, enamoran, enternecen. La contemplación de una muchedumbre que invoca a Dios conmueve siempre con irresistible fuerza y honda ternura. El paso de la procesión del Señor de los Milagros por las calles de Lima, produce una emoción muy profunda en la ciudad que se encuentra sorpresivamente invadida por un sentimiento ingenuo, sedante y religioso.

Desde la hora en que se abren las puertas de la iglesia de las Nazarenas—hora clara, serena y luminosa—para que la procesión del Señor de los Milagros salga a las calles, hasta la hora,—hora tardecina, melancólica y oscura,—en que las andas se pierden en la oquedad sombría y ahumada de la misma iglesia, Lima siente las palpitaciones de una unción y de una tristeza muy ascendradas, muy sinceras, muy grandes.

Para gozar esta emoción suave y candorosa, igual es aguardar el desfile de la procesión en un umbral o en una esquina, que asistir al ingreso de la imagen en una iglesia suntuosa o en una iglesia humilde y que unirse a la multitud que sigue al Señor de los Milagros en su peregrinación a través de las calles de la ciudad.

Pero singularmente, es grato e intenso gozarla cuando el rumor de la procesión, el canto de las campanas, y el cristiano olor del zahumerio nos sorprenden dentro del hogar, de improviso, súbitamente, en una hora vulgar en que el espíritu está lejos de la devoción y la piedad.

Yo he sentido y he visto así la procesión. Yo he comprendido así lo que significa y lo que representa en la vida de la ciuadd. Yo he amado así el instante en que el espectáculo magnífico de un recogimiento tumultuoso y sonoro ha cohibido y enternecido de pronto mi corazón.

Llegaron primero bajo mis balcones las voces de la gente que hacía la avanzada presurosa del desfile. Hay en las voces de esta gente una entonación muy distinta de la que hay en las voces de la otra que viene en el grueso de él. Son más vivas, más bulliciosas, casi regocijadas. Anuncian la cercanía de la procesión con alguna alegría y con algún alborozo.

Y luego llegaron las voces de los cánticos y de las plegarias, voces femeninas, lánguidas y parsimoniosas que parece que nunca se extenuarán y nunca se fatigaran.

Lentamente llegó por fin la procesión. Su paso es moroso y tardo. La solemnidad es siempre majestuosa y sonora. No es posible concebirla presurada e inquieta. Tiene la gravedad del gesto con que el sacerdote bendice en la misa a los cristianos y hace aspergs en la mañana del miércoles de ceniza.

Acompasaba el paso de la procesión una marcha de una banda militar. La marcha era marcial y soberbia. Pero, al influjo de la deco-